

*Acta Macedónica. Consideraciones sobre la política de Filipo V (205-200)**

F. Javier GÓMEZ ESPELOSÍN

Uno de los temas que más tinta ha hecho correr en los dominios de la Historia Antigua ha sido sin duda el de los orígenes de la segunda guerra macedonia, también denominada *Bellum Philippicum*. Desde el mismísimo MOMMSEN hasta el día de hoy, casi de forma ininterrumpida, se han venido proponiendo explicaciones bien diversas sobre tan controvertido tema. Sin embargo no se ha alcanzado todavía un acuerdo definitivo por medio de una síntesis histórica que goce del consenso generalizado entre los estudiosos. Resulta difícil en efecto conseguir una visión de conjunto que convenza plenamente a una mayoría sin que a su vez se vuelvan a suscitar nuevas discusiones. Los problemas que acechan a cada paso a todo aquel que se dispone a intentar hallarle una solución definitiva al asunto son numerosos, desde los más graves de índole historiográfica hasta espinosas cuestiones más concretas que afectan a la correcta ubicación cronológica de algunos hechos. Para colmo, y como telón de fondo a todo el asunto, nos enfrentamos a un delicado problema de intenciones, cuya respuesta previa condiciona ciertamente el mismo planteamiento del debate. ¿Cuáles fueron los motivos que impulsaron a Roma a declarar la guerra a Filipo V en esos precisos momentos? ¿Qué tipo de consideraciones se impusieron en el horizonte político del Senado y del pueblo romanos para lanzarse a una nueva contienda bélica de largo alcance, cuando estaban todavía humeantes los últimos lances con Cartago? ¿Quiénes fueron realmente los interesados en impulsar este nuevo conflicto y a qué clase de intereses concretos servía?

Estas cuestiones se han venido planteando una y otra vez sin que hasta

* Este artículo es el desarrollo ampliado de la comunicación presentada al 1.º Congreso peninsular de Historia Antigua, celebrado en Santiago de Compostela en el mes de julio de 1986.

la fecha se les haya sabido dar una respuesta uniforme y global, suponiendo que exista o podamos acceder a ella. Sin embargo lo que tienen en común todos estos interrogantes es la perspectiva desde la que han sido formulados, que no es otra que la de la política exterior romana cuya contrapartida evidente es dar siempre por sentadas las intenciones de la otra parte implicada en el asunto, Filipo V de Macedonia. Nuestra intención por tanto es enfocar la cuestión desde este otro ángulo, tratando de mostrar un panorama coherente de los objetivos políticos y estratégicos que determinaron la conducta de Filipo durante el breve pero decisivo período entreguerras. Para ello deberíamos encontrar una respuesta satisfactoria a las acciones de conquista que emprendió en esos momentos, tratar de elucidar los móviles que las impulsaron y en definitiva plantear una duda razonable sobre la posibilidad de que estas empresas no se hayan valorado dentro de su contexto adecuado y se haya venido imponiendo, por el contrario, de forma implacable el juicio —o más bien el prejuicio— que procede de nuestras fuentes de información.

No resulta fácil abordar el tema desde esta perspectiva, pues corremos efectivamente el riesgo de precipitarnos de una forma casi inconsciente hacia el polo opuesto. Podríamos pasar así a conceder a Filipo el trato de favor que nuestra tradición documental le ha negado y presentarle como la víctima inocente de las maquinaciones de sus enemigos, sobre todo si pretendemos llenar con nuestras bienintencionadas hipótesis el vacío irrecuperable que se ha producido en nuestra tradición con la pérdida lamentable de toda la corriente historiográfica a su favor¹. Desde luego nuestra intención de principio no es ésta ni tampoco pretendemos rehabilitar la figura del monarca macedonio salvándola del descrédito y de la injuria que han ido vertiendo sobre su persona los prejuicios de una historia partidista y los ecos de la propaganda enemiga².

Nos disponemos únicamente a presentar la conducta política de Filipo V durante estos años cruciales bajo un enfoque diferente en alguna medida del habitual. Consideramos en efecto como principio motor de todas sus acciones un deseo coherente de reconstituir un imperio al que ya habían aspirado sus antepasados, muy lejos por tanto de un simple afán de conquista o del ansia oportunista por incrementar sus dominios, exacerbados ahora por el desequilibrio psíquico de su carácter, motivo al que Polibio alude con insistencia³.

Ciertamente no es la primera vez que se plantea esta cuestión. WAL-

¹ WALBANK, F. W.: *Philip V of Macedon*, Cambridge, 1940, 281 y ss. Id., *A Historical Commentary on Polybius*, vol. I, Oxford, 1970, 30.

² WALBANK, F. W.: *Phil.*, 279-280; Id., «Alcaeus of Messene, Philip V and Rome», *CIQ* (1942), 134-145 y (1943), 1-13, esp. 6-7.

³ Sobre la célebre *metabolé* de Filipo V, Pol. VII, 12-14a. P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe*, Paris, 1964, 104-109, 231-232.

BANK ya hizo referencia al asunto en su clásica monografía sobre la figura de Filipo, sin embargo da la impresión de desechar finalmente cualquier posibilidad en este sentido a pesar de insistir en más de una ocasión sobre la inteligencia política que caracterizaba a Filipo, dejándose ganar a la postre por la versión polibiana del tema⁴. BRISCOE ha incidido también en la cuestión, apuntando la necesidad que existe de investigar los motivos que condujeron a Filipo a emprender las acciones agresivas de esos momentos⁵. Por último, WILL ha hecho alusión al tema en diversas partes de su obra, pero ha planteado igualmente sus dudas razonables sobre la posibilidad de que realmente existiera en la mente de Filipo todo un plan preconcebido que encauzara sus acciones desde los días de Fénice hasta el inicio de la guerra⁶.

Si por lo que respecta a nuestro caso, es una respuesta positiva la que tratamos de hallar, es preciso enfocar el juicio sobre las acciones del rey en esos momentos bajo una triple perspectiva. En primer lugar desde la óptica de los planes estratégicos de defensa y consolidación de un reino como Macedonia, sometido siempre a toda una serie de presiones colindantes que podían significar una alteración grave de su misma entidad territorial. En segundo lugar, incardinadas dentro del contexto contemporáneo de las grandes monarquías helenísticas y de los esfuerzos constantes por mantener un equilibrio de poder entre ellas. Por último, suponer la existencia de un minucioso plan de restauración de todos aquellos dominios tradicionales de la casa real macedonia que habría auspiciado estas operaciones. Sabemos que Filipo V se consideraba un digno descendiente de los Argéadas además de los primeros Antigónidas y es por tanto a su pasado glorioso al que le remitían invariablemente sus intenciones⁷. Sin embargo resulta prácticamente imposible deslindar con una total nitidez cada una de estas tres vertientes. Su mutua imbricación en muchos momentos hace que su consideración por separado resulte aparte de ficticia, carente de toda justificación histórica. Por tanto nos disponemos a abordar de manera global, aunque siempre desde esa triple perspectiva, las diferentes acciones que Filipo V emprendió en esos momentos.

⁴ WALBANK, *Phil.*, 108-137.

⁵ BRISCOE, J.: *A Commentary on Livy Books XXXI-XXXIII*, Oxford 1973, 38: «it remains necessary to investigate Philip's motives for his aggressive actions at this time».

⁶ WILL, E.: *Histoire politique du monde hellénistique*, II, 2.^a ed. Nancy 1982, 103-114.

⁷ Sobre sus deseos de identificación con los Argéadas y en particular con Filipo II, Pol. V, 10, 10; Liv. XXVII, 30, 9; Paus. VII, 7, 5. Sobre el tema WALBANK, *Phil.*, 258-259; Id., «Alcaeus...» (1942), 142 y (1943), 5, n. 6. Especialmente, Ch. F. EDSON Jr., «The Antigonids, Heracles and Beroea», *HSCP*, 45 (1934), 216-217 y 233. Id., «Macedonica I. A Dedication of Philip V», *HSCP*, 51 (1940), 125-126 (sobre el interés particular puesto en el culto de Heracles Kynagidas). También W. TARN, «Two Notes on Ptolemaic History», *JHS*, 53 (1933), 61.

Tras el final de la llamada primera guerra macedonia y de la firma de los acuerdos de Fénice, se le recortaban de plano a Filipo sus veleidades occidentales de expansión, lo que le obligaba a concentrar toda su actividad en la parte oriental del Mediterráneo⁸. Esta era además una zona geopolítica en la que los riesgos de inquietar con sus intervenciones la esfera de intereses romanos eran escasos, dando siempre por sentado el respeto básico a los términos fijados en la paz reciente. Garantizada así en buena medida la neutralidad romana, Filipo gozaba de una gran libertad de movimientos y era lógico que intentase sacar partido de ella, sobre todo si en su mente estaba la idea de volver a resucitar los viejos intereses macedonios en toda la zona. Los intereses y las expectativas de las otras dos grandes monarquías helenísticas, lágidas y seleúcidas, también incidían en la región y había por ello que tenerlas en cuenta a la hora de emprender sus campañas de conquista. Sin embargo también se le presentaban las cosas favorables a Filipo en este punto, dadas sus relaciones con ambos reinos y el panorama más bien sombrío que presentaba la mutua relación entre ellos. Su capacidad de acción se ampliaba así de forma considerable y aumentaban también las posibilidades de llevar a cabo sus proyectos de gran envergadura.

Macedonia mantenía con Egipto buenas relaciones de amistad, que se habían puesto de manifiesto recientemente a través de la embajada que la corte alejandrina había enviado a Macedonia con el fin de auspiciar una alianza matrimonial que reforzase todavía más los lazos ya existentes, a la vez que servía de garantía y respaldo a un gobierno egipcio inestable, que atravesaba por entonces momentos especialmente delicados⁹. Si a la muerte de Tolomeo IV siguieron momentos de confusión, se sumaba ahora la tensión creada por la amenaza de invasión que Antíoco III hacía gravitar sobre el país. Y eran precisamente estos objetivos egipcios los que apartaban al seleúcida, al menos momentáneamente, de cualquier concurrencia de intereses en la zona que Filipo ambicionaba en esos instantes. Sin embargo, aún con este margen de seguridad, es muy probable que las intenciones —aquí sí más manifiestas— del seleúcida por recuperar los antiguos dominios de Seleuco Nicátor y el prestigio que le habían dado sus brillantes campañas orientales, despertasen la inquietud y la desconfianza de Filipo, sobre todo si también éste último albergaba en su mente empresas muy similares¹⁰. Algunos de los objetivos militares inmediatos de Filipo, podían también serlo de Antíoco en un futuro no muy lejano, por

⁸ Sobre el fracaso de las aspiraciones occidentales de Filipo, J. M. F. MAY, «Macedonia and Illyria (217-167 B.C.)», *JRS*, 36 (1946), 48-56. WILL, *Histoire*, II, 102.

⁹ Sobre la embajada macedonia y las dificultades en Egipto, WILL, *Histoire*, II, 108 y ss. Sobre la embajada, Pol. XV, 25, 13; WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius*, vol. II, Oxford 1967, 484.

¹⁰ WILL, *Histoire*, II, 102.

lo que se hacía necesario reforzar las posiciones macedonias en el flanco oriental y afianzar sus lazos diplomáticos de forma que Antíoco, enzarzado en su aventura egipcia, considerase preferible la amistad neutral de Macedonia a una posible confrontación, que nada beneficiaba en esos momentos a ninguna de las dos potencias.

En este sentido debemos valorar quizá el célebre pacto entre Filipo V y Antíoco III, entendiéndolo por tanto como un mero acuerdo de no agresión mutua, que servía también para delimitar las áreas respectivas de influencia. La amistad macedonio-egipcia, constatada por el envío de la embajada del 203, consolidaba la posición de Filipo ante los ojos de Antíoco, que podía temer una intervención macedonia en ayuda de su aliado, contraria del todo a sus planes inmediatos. Es posible incluso que gracias a esta situación de equilibrio, Filipo hubiera obtenido alguna ventaja en su negociación con el rey sirio, concretada quizá en alguna concesión territorial como pudo haber sido el caso de Caria¹¹. Ello explicaría en buena medida la actitud posterior de Zeuxis, estratega de Antíoco en Asia Menor, cuando se mostró relictante a la petición de ayuda que Filipo le dirigió durante su campaña en la región¹².

Todavía quedaban sin embargo otras potencias en la zona, si bien de menor entidad a las dos citadas, con un peso específico dentro del balance de fuerzas de la política internacional del momento: las monarquías de Bitinia y Pérgamo y la ciudad de Rodas. Con Bitinia no había problemas. Era uno de los aliados de Filipo —había figurado de hecho entre sus *ascripti* en la paz de Fénice— y su actual monarca, Prusias I, estaba vinculado familiarmente al monarca macedonio¹³. Con Pérgamo las cosas eran diferentes. Había figurado entre los *ascripti* romanos de Fénice, lo que la convertía en un enemigo potencial y peligroso por las implicaciones que podía arrastrar esa condición. Filipo por ello no intervino para nada en su zona de influencia, al menos inicialmente, hasta que la alianza de Pérgamo con Rodas, que se fraguó posiblemente tras la batalla de Lade¹⁴, le obligó a actuar a la defensiva. Atalo había sido en efecto el agresor inicial con su ataque inesperado y sorpresivo, que provocó la cólera de Filipo, una cólera cuyos efectos se dejan ver en su conducta vengativa de

¹¹ SCHMITT, H.: *Untersuchungen sur Geschichte Antiochos des Grossen und seine Zeit*, Wiesbaden 1964, 250-261; WILL, *Histoire*, II, 115.

¹² Pol. XVI, 1, 8. WALBANK, *Comm.* II, 503. R. M. ERRINGTON, «The Alleged Syro-Macedonian Pact and the Origins of the Second Macedonian War», *Athenaeum* 49 (1971), 336-354, supone que se trató de un simple acuerdo local ad hoc entre Filipo y Zeuxis en base a la no agresión de Filipo a Lidia a cambio de la ayuda de Zeuxis contra su común enemigo Atalo I, esp. 351.

¹³ Sobre la relación entre Filipo y Prusias, WALBANK, *Comm.* II, 475-476.

¹⁴ Sobre el orden secuencial de las batallas de Lade y Quíos, R. M. BERTHOLD, «Lade, Pergamum and Chios. Operations of Philip V in the Aegean», *Historia*, 24 (1975), 150-163, defiende la prioridad de Lade sobre Quíos y sitúa el ataque a Pérgamo entre las dos batallas.

los alrededores de Pérgamo, con el arrasamiento y saqueo de sus templos, y en su persecución ensañada de la nave real de Atalo en la batalla de Quíos¹⁵. Incluso pasados ya estos primeros síntomas de irritación impulsiva, que al decir de Polibio caracterizaban el comportamiento del rey, Filipo mantendrá con firmeza esta posición ante la reclamación romana de una indemnización para Atalo, con la seguridad de que cualquier juez imparcial estimaría justo el proceder inverso¹⁶.

Con Rodas las relaciones eran más complicadas. La isla constituía un serio obstáculo para los previsible planes de expansión de Filipo en toda la zona, a causa de su predominio naval en el Egeo y de su control de la ruta de los estrechos¹⁷. Sin embargo sus mutuas relaciones se habían mantenido en un plano de cordialidad incluso, ya desde el tiempo de su antecesor en el trono, Antígono Dosón¹⁸. Así parecen confirmarlo los términos de una inscripción en la que se alude a la *φιλία καὶ εὖνοια* existentes entre ambos estados¹⁹. De hecho los rodios enviaron una embajada a Filipo en el 202 para solicitarle clemencia en favor de la ciudad bitinia de Cíos y el propio rey, incluso después de haber destruido la ciudad, envió a su vez un embajador a la isla para defenderse de las acusaciones que en esos momentos se lanzaban en su contra²⁰. Tanto un movimiento como otro parecen testimoniar la existencia de unas relaciones de amistad, en las que no faltaban, sin embargo, tensiones y recelos mutuos, ahora más exacerbadas por los sucesos de Cíos. De cualquier forma también en esta ocasión fueron los rodios quienes se declararon en guerra con Filipo y por tanto pasaron a convertirse desde el punto de vista técnico en sus agresores formales, legitimando así a partir de entonces cualquier acción bélica que el rey pudiera emprender contra la isla²¹. Consciente de esta circunstancia así se lo hará notar también a Lépido en Abidos, en el momento de la entrega del célebre ultimatum que dio paso a la guerra²².

Es cierto que Filipo había estado operando contra Rodas antes de la ruptura formal de Cíos y había tratado de perjudicar sus intereses por

¹⁵ Pol. XVI, 1 y 6, 4-8. Sobre la actuación de Atalo, Ch. STARR Jr., «Rhodes and Pergamum, 201-200 B.C.», *CIPh*, 33 (1938), 63-68. WILL, *Histoire*, II, 128-129.

¹⁶ Pol. XVIII, 6.

¹⁷ BERTHOLD, «The Rhodian Appeal to Rome in 201 B.C.», *CJ*, 71 (1975), 97-107, esp. 106-107. Sobre la importancia de los estrechos para el comercio rodio, F. MILTNER, «Die Meerenfrage in der griechischen Geschichte», *Klio*, 28 (1935), 1-15. De hecho ya en el 220 Rodas había mantenido una guerra contra Bizancio por esta causa, WILL, *Histoire*, II, 45-46.

¹⁸ Sobre las buenas relaciones de Dosón con Rodas, Pol. V, 89, 6-7, donde mencionan sus donaciones a la ciudad tras el terremoto del 226.

¹⁹ BMI III 441: HICKS and HILL, *Greek Historical Inscriptions*, 182.

²⁰ Pol. XV, 22, 5 y ss. y 23, 2 y ss. WALBANK, *Comm.* II, 476.

²¹ Pol. XV, 23, 6.

²² Pol. XVI, 34, 5.

todos los medios posibles, pero nunca lo había hecho de forma abierta y declarada. Había fomentado acciones piráticas en el Egeo, consciente del daño que causaba de esta forma a los intereses comerciales rodios²³. Había prestado su apoyo a los cretenses en su guerra contra Rodas²⁴ e incluso había intentado destruir su flota mediante una argucia de su consejero Heraclides²⁵. Sin embargo siempre ejecutó todas estas acciones a través de intermediarios como el etolio Dicearco o el ya mencionado Heraclides que fingía haber hecho defección de Filipo, lo cual le daba la posibilidad de desviar todas las acusaciones que lo implicaban directamente en los hechos, haciendo gala de un cinismo político que avalaba la ausencia de acciones bélicas directas contra la isla. Distinto era que en la mente de muchos anidase la sospecha de su participación plena y consciente, aunque tampoco debemos dejarnos llevar por la evidencia fácil que supone el juicio de Polibio a posteriori. De todas formas tampoco debía importar mucho esto en tanto no existiera una prueba palpable de hostilidad como era una agresión armada en toda regla, pues es probable que también entonces —como ahora— el obstruccionismo y el sabotaje perfectamente dirigidos y planificados fueran diferentes, a los ojos de la «opinión internacional», de una declaración de guerra oficial contra un rival de menor entidad.

Lo cierto sin embargo es que hasta los acontecimientos de Cíos no había tenido lugar ningún enfrentamiento directo entre Filipo y Rodas y, a la vista de lo ocurrido, parece claro que el rey tenía un interés especial en que no recayera de su lado la responsabilidad de haber roto con esta situación. Así se desprende del relato de Polibio, incluso asumiendo los desprecios y humillaciones de Filipo hacia los embajadores rodios y de otras ciudades, clara muestra del sesgo partidista de una información cuya procedencia cabe buscar en los historiadores locales de la isla²⁶. Da la impresión además de que la indignación contra Filipo existente en Rodas tras lo ocurrido en Cíos es el resultado de la confirmación generalizada de unas sospechas, cuya certeza solamente mantenían hasta entonces los adversarios decididos de Macedonia, sobre unos sucesos cuya veracidad absoluta no gozaba ni siquiera entonces de una plena confirmación²⁷.

A excepción del caso de Cíos —sobre el que volveremos más adelante— tampoco su actuación en la Propóntide en el año 202 le podía plantear grandes problemas. Las tres ciudades objeto de sus ambiciones territoria-

²³ Pol. XVIII, 54, 8-12.

²⁴ Pol. XIII, 4, 2.

²⁵ Pol. XIII, 4. WALBANK, *Comm.* II, 415-418 y 625.

²⁶ Pol. XV, 22, 4-5. Sobre la procedencia rodia de la información, H. ULRICH, *De Polybii fontibus Rhoditis*, Diss. Leipzig 1898, 36. WALBANK, *Comm.* II, 474. Sobre la posición de Rodas en la guerra con Filipo, H. VAN GELDER, *Geschichte der alten Rhodier*, La Haya, 1900, 122 y ss.

²⁷ Pol. XV, 23, 4.

les —Lisimaquea, Calcedonia y Cíos— eran aliadas de la confederación etolia. Sin embargo apenas existía riesgo alguno de atraerse de esta forma el interés romano, dada la desconfianza y el descrédito que tenían los etolios en Roma tras la firma de una paz por separado con Filipo V en el 206. Incluso es probable que estuviese al corriente de esta situación a través de sus espías en la ciudad del Tiber²⁸. De hecho sus expectativas le fueron confirmadas con el rechazo romano a la petición de ayuda etolia en esos mismos momentos²⁹. Los etolios habían quedado excluidos de forma manifiesta, tanto de un lado como de otro, en el tratado de Fénice y no era de esperar por tanto una intervención romana en su favor³⁰.

Su actuación en la zona requiere de cualquier forma algún comentario. Tras una primera lectura del relato de Polibio, parece que Filipo desarrolló los mismos procedimientos en las tres ciudades mencionadas, sobre todo si tenemos en cuenta la atención preferente que se dedica al caso de Cíos con una sola mención de pasada a las otras dos ciudades³¹. Sin embargo tenemos indicios para pensar que se trató de dos casos bien diferentes. En sus relaciones con Lisimaquea —y posiblemente también con Calcedonia— Filipo supo conseguir mediante la negociación que la ciudad abandonase la alianza etolia, aceptando en su lugar la protección macedonia, todo ello en unos términos que incluso resultaron favorables para la propia ciudad, según se desprende del tratado llevado a cabo, preservado en parte en una inscripción³². Es posible que Filipo limitase su intervención militar a la expulsión de la guarnición etolia, sin ejercer ningún tipo de violencia generalizada contra el resto de la población³³. El silencio de nuestras fuentes al respecto, significativo en esta ocasión si atendemos al espacio dedicado a Cíos, significa quizá un indicio en su favor a pesar de la cautela con que debemos manejar esta clase de argumentaciones. Filipo podía mantener de este modo su posición de no agresor inicial al haberse producido un mero cambio de orientación en la

²⁸ Pol. XIII, 5, 7. WALBANK, *Comm.* II, 419.

²⁹ Sobre el problema de si hubo realmente una embajada etolia, M. HOLLEAUX, *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au III siècle av. J.C. (273-205)*, Paris, 1921, 291-293. WALBANK, *Phil.*, 310 y ss. E. BADIÁN, «Aetolica», *Latomus*, 17 (1958), 197-211, esp. 208-211. A. DOREY, «The Alleged Aetolian Embassy to Rome», *CIR*, 10 (1960), 9. También E. GRUEN, *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, 2 vols. Berkeley-Londres, 396-397, n. 214.

³⁰ K. E. PETZOLD, *Gnomon*, 25 (1953), 403 y ss.

³¹ Pol. XV, 21-23.

³² G. P. ΟΙΚΟΝΟΜΟΣ, *Ἐπιγραφὰι τῆς Μακεδονίας*, Atenas, 1915, 2-7, n.º 1. Sobre el tratado, H. H. SCHMITT, *Die Staatsverträge des Altertums*, III B, Die Verträge der griechisch-römischen Welt von 338 bis 200 v. Chr. Munich, 1969, 308, n.º 549. También HOLLEAUX, *Rome*, 291, n. 1 y E. LANZILLOTTA, «Antioco III e Filipo V prima della guerra siriana», *Ann. della Fac. de Lett. e Fil. di Macerata*, 10 (1977), 693-695. L. ROBERT, *Hellenica*, 10 (1955), 270, reconoce que «il y avait eu traité d'alliance entre le roi et la ville et non pas occupation brutale et sans formes».

³³ Pol. XVIII, 3, 11.

política exterior de estas ciudades, bien es cierto que auspiciado y promovido por obra suya. Parece además confirmado que el vínculo político de estas ciudades con la confederación etolia era la *isopoliteta* y por tanto, como ha reconocido WALBANK «their secession gave no technical grounds for war»³⁴.

Con Cíos las cosas eran diferentes. La ciudad se hallaba en guerra con Bitinia, posiblemente a causa de los deseos de Prusias por incorporarla a sus dominios como salida de su reino al mar en esa zona³⁵. Filipo acudió entonces como aliado que era del monarca bitinio, que había solicitado su ayuda³⁶. Tampoco por tanto en esta ocasión se trataba de una agresión directa e injustificada sino de la colaboración legítima que cabe esperar entre aliados y parientes y así lo reivindicará ante Flaminio en el transcurso de la conferencia de Lócride³⁷. Además parece que los acontecimientos internos de la ciudad tuvieron también una incidencia directa en lo sucedido a tenor de las acusaciones de Filipo contra los etolios y su actuación en la zona³⁸. Filipo destruyó la ciudad y esclavizó a sus habitantes, que era la suerte que le estaba habitualmente reservada a los vencidos en cualquier conflicto bélico. Obtuvo un botín cuantioso, muy oportuno para el mal momento que atravesaban sus finanzas, y reforzó su flota, que constituía el instrumento imprescindible para un futuro dominio del Egeo³⁹. Por todo ello no parecen injustificadas las muestras de alegría tras lo ocurrido, que son objeto de la agria censura de Polibio⁴⁰.

Todas sus acciones de estos momentos evidencian un claro deseo de asegurarse posiciones ventajosas en la zona norte del Egeo y especialmente en la Propóntide. El interés macedonio por la región no era nuevo a causa del afán por consolidar una posición estratégica similar a la que ya disfrutaban en este sentido el resto de las potencias helenísticas⁴¹. Antepa-

³⁴ WALBANK, *Phil.*, 116, n. 5. Sobre la relación de *isopoliteta*, H. SWOBODA, *Lehrbuch der griechischen Staatsaltertümer*, 1913, 350, n. 5. R. FLACELIERE, *Les Aitoliens à Delphes*, París, 1937, 312, n. 3. G. DE SANCTIS, *Storia dei Romani*, IV, 1, Florencia, 1969, 6, n. 14.

³⁵ De hecho la volvió a refundar más tarde con el nombre dinástico de Prusa del Mar, OGIS, 340. Sobre la importancia de las salidas al mar para el reino bitinio, M. ROSTOVITZEFF, *Historia social y económica del mundo helenístico*, (trad. esp. Madrid, 1967), 532-533. En general sobre la política de Prusias I, Ch. HABITCH, *PW s.v. «Prusias»*, XXIII, 1 (1957), col. 1.088 y ss.

³⁶ Pol. XV, 22 y XVIII, 4, 7.

³⁷ Pol. XVIII, 5, 5.

³⁸ Pol. XV, 23, 9-10 y XVIII, 4, 7 y ss. Sobre los acontecimientos internos de la ciudad, H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen*, 2 vols. Munich, 1967, 427. D. MENDELS, «Polybius, Philip V and the Socio-Economic Question in Greece», *Anc.Soc.* 8 (1977), 166-168; ID., «Polybius and the Socio-Economic Revolution in Greece (227-146 B.C.)» en *L'Ant. Clas.* 51 (1982), 92-93. F. J. GÓMEZ ESPELOSIN, «La política de Filipo V en la Propóntide: El caso de la ciudad de Cíos», *Lucentum*, 5 (1986).

³⁹ Sobre la necesidad de una flota, WALBANK, *Phil.*, 117. WILL, *Histoire*, II, 104.

⁴⁰ Pol. XV, 22. Sobre la legitimidad del derecho de guerra, Pol. V, 11, 3.

⁴¹ Sobre la política macedonia en este sentido, WALBANK, «Macedonia and Greece» en

sados de Filipo V como el mismo Filipo II, al que profesaba una especial admiración⁴², o su propio abuelo Antígono Gónatas, habían intervenido en la región de forma preferente. Pero no era sólo un plan expansionista acorde con las líneas tradicionales de la casa real macedonia. Se trataba también de una actuación en consonancia con las necesidades estratégicas de defensa que presentaba un reino balcánico como Macedonia, limítrofe de un hinterland bárbaro, habitado por pueblos como los tracios o los dardanios, que ponían en constante peligro la estabilidad de las fronteras nacionales con sus repetidas incursiones. Todos los monarcas macedonios habían invertido buena parte de sus energías en expediciones militares de castigo, con la finalidad de fijar unas fronteras definidas contra estos pueblos, dificultando así sus razzias de saqueo y pillaje⁴³. El propio Filipo V llevó a cabo a lo largo de su reinado numerosas expediciones de esta clase y es probable que en el 204 emprendiera una de estas campañas contra los tracios, llegando hasta el río Hebro⁴⁴. En la misma dirección, unos años más tarde también prestará su apoyo a la ciudad de Bizancio, con el fin de inquietar a los reyezuelos indígenas de la zona tal y como lo señala Polibio⁴⁵, sirviendo de esta forma una vez más aún de manera indirecta a sus propios intereses defensivos. Su posterior conquista de Tasos cuadra también dentro de esta línea de conducta, dada la posición favorable de la isla frente a la costa tracia, que la convertía en palabras de WALBANK en «a valuable link in Philip's schemes»⁴⁶, al igual que su ocupación de las ciudades lágidas de esta vertiente costera a lo largo del año 200⁴⁷. Sus pretensiones defensivas sobre Lisimaquea, se entienden quizá mejor desde esta perspectiva. Con la ocupación de una plaza tan estratégica en la lucha contra los tracios, Filipo protegía de hecho a su

CAH, VII, 1, 2.^a ed. 1984, 221 y ss., esp. 229. ID., *El mundo helénstico* (trad. esp. Madrid 1985), 83-84.

⁴² WALBANK, «Alcaeus...», 142-143; ID., *Phil.*, 258-259. Vid. también n. 7.

⁴³ Sobre esta tarea histórica de Macedonia, W. TARN, *Antigonos Gonatas*, Oxford, 1913, 202. En general sobre la importancia de la frontera norte para la seguridad del reino, WALBANK, *Phil.*, 270-271. WILL, *Histoire*, I, 2.^a ed. Nancy, 1979, 322, 356 y ss. y 361, menciona las campañas que emprendieron los sucesivos monarcas contra los bárbaros del Norte. Uno de ellos, Demetrio II, el padre de Filipo V, murió combatiendo contra los dardanios. También Liv. XXXIII, 12, 2: temor romano de que el vacío provocado por el destronamiento de Filipo, solicitado por los etolios sea aprovechado por tracios, ilirios o galos.

⁴⁴ Así Liv. XXVI, 25; XXVII, 33; XXVIII, 8; XXXI, 33; XXXI, 34, 6; XXXI, 40, 8. Sobre la posible campaña contra los tracios, B. NIESE, *Geschichte der griechischen und makedonischen Staaten seit der Schlacht bei Chaeronea*, 3 vol. Gotha 1893-1903, II, 571, n. 2. SCHMITT, *Untersuchungen*, 234. WALBANK, «Alcaeus», 138 y 143, n. 3.

⁴⁵ Pol. XXII, 14, 12.

⁴⁶ Pol. XV, 24. WALBANK, *Phil.*, 116.

⁴⁷ Liv. XXXI, 16, 3 y ss.

propio reino y lo cierto es que tras el abandono forzado de sus guarniciones, los tracios destruyeron la ciudad⁴⁸.

Existía también otro tipo de consideraciones que impulsaban a Filipo a conseguir unas posiciones estratégicas en la región de los estrechos. Esta zona entraba de lleno en los planes de Antíoco III para recuperar el dominio real de sus antepasados. Aquí precisamente fue donde murió asesinado Seleuco Nicátor en su lucha contra Tolomeo Cerauno y el mismo Antíoco III confirmó más tarde tales expectativas con su ocupación de la zona en el 198, repoblando y reconstruyendo Lisimaquea, a la que pretendía convertir en residencia real para su hijo⁴⁹. No es improbable por tanto que si Filipo preveía estas contingencias, tratase de reforzar su posición en la zona especialmente en unos momentos en los que Antíoco se mostraba más interesado por sus objetivos egipcios inmediatos, como era la recuperación de la Celesiria⁵⁰. Filipo supo además llevar a cabo esta consolidación de sus posiciones mediante procedimientos no exclusivamente militares, reforzando así también su situación jurídica de cara a una posible futura negociación con el seleúcida, en vista de la práctica habitual seguida por las monarquías helenísticas en este respecto⁵¹. La ampliación del número de sus aliados entre las ciudades de la región, como Lisimaquea o Calcedonia, y el reforzamiento de potenciales rivales de Antíoco, como su aliado Prusias al que entregó las ciudades de Cíos y Mírlea, fueron algunos de los procedimientos empleados⁵².

Motivos similares debieron incidir en su posterior intervención en el Egeo y en Caria, sin embargo quizá predominó aquí su deseo de restaurar el viejo dominio macedonio en ambas regiones en su línea de proseguir con la política tradicional de sus antepasados⁵³. Uno de los puntos centrales de la política de su bisabuelo Demetrio Poliorcetes había sido el dominio del Egeo y sus predecesores más inmediatos, Antígono Gónatas y Antígono Dosón, ejercieron también una influencia considerable en la zona, según nos muestran los decretos de algunas islas en los que aparecen como árbitros decisorios de sus querellas internas⁵⁴. Parece que tras la

⁴⁸ Pol. XVIII, 51, 7. Liv. XXXIII, 38. L. ROBERT, loc. cit., 269, n. 6, piensa también que Filipo defendía en efecto la ciudad. Sobre el valor estratégico de la plaza, App. Syr. 1.

⁴⁹ App.Syr. 1, 21, 28. WILL, *Histoire*, II, 178 y ss.

⁵⁰ Sobre el interés de Filipo por la carrera de Antíoco III, WALBANK, *Phil.* 108. Sobre la política internacional del momento, HOLLEAUX, «Rome and Macedon: The Romans against Philip», *CAH*, VIII, reimpr. 1978, 150 y ss.

⁵¹ E. BICKERMANN, «La cité grecque dans les monarchies hellénistiques», *Rev. de Phil.* 65 (1939), 345-348. A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian*, Oxford, 1940, 98-99.

⁵² JONES, *The Cities of the Eastern Roman Provinces*, Oxford, 2.^a ed. 1971, 151.

⁵³ WALBANK, «Alcaeus», 137 y 140. Sobre Caria como viejo objetivo macedonio, WALBANK, *Phil.*, 125.

⁵⁴ IG XI, 4 1.052 (Siros); XII, 7, 221, 223 (Minoa en Amorgos). Sobre la política naval de los Antigonidas, WALBANK, *CAH*, 101-104 (Demetrio Poliorcetes) y 242-243 (Antígono Góna-

victoria macedonia en la guerra cremonídea tuvo lugar un incremento notorio de su potencia naval en todo el Egeo, si bien subsisten numerosas dudas al respecto⁵⁵, hasta el punto de sustituir la anterior supremacía lágida. Quizá era éste el objetivo que Filipo se había trazado ahora, tras su fracaso en la vertiente occidental, buscando reconstituir la «liga de los isleños», ésta vez bajo su supremacía. Su política de disolución de las alianzas que diferentes islas mantenían entre sí, como Rodas y Nisiros o Calimna y Cos, así parece apuntarlo⁵⁶. De la misma forma podría interpretarse también la carta de Filipo a Nisiros, conservada en una inscripción, que iba destinada a la consecución de partidarios del rey dentro de la isla mediante la acción propagandística de su agente Calias⁵⁷. Sin embargo Filipo fracasó en este campo ante la oposición de Rodas y otros estados como Cos que ofrecieron una seria resistencia a los planes del monarca⁵⁸. Rodas había sido ya en el pasado un obstáculo casi insalvable en la política de alguno de sus antecesores, como le sucedió a Demetrio Poliorcetes, y quizás por ello Filipo adoptó la táctica de ir minando de forma progresiva el potencial de la isla con acciones de piratería y sabotaje o con la ocupación de puntos clave en la zona de los estrechos, todo lo cual habría de entorpecer necesariamente el desenvolvimiento normal de su actividad comercial.

Nos resta considerar el problema que plantean las posesiones tolemaicas en Tracia y en el Egeo, con cuya ocupación Filipo podría haber deteriorado de forma grave la relación existente entre ambos estados, en unos momentos en los que necesitaba precisamente mantener una entente cordial. Sin embargo parece claro que Filipo no atacó ninguna de ellas en sus primeras intervenciones en la zona en el año 202, con la única excepción del caso de Samos, que presenta algunas dudas al respecto. Parece sin embargo que el foco de resistencia que encontró Filipo en la isla fue la consecuencia de una rebelión en su contra fomentada desde el interior de la ciudad antes que el resultado de directrices tolemaicas emanadas a este respecto⁵⁹. Si realmente ocurrió de este modo, entonces Filipo habría respetado de manera escrupulosa la esfera de influencia

tas). ID., «Sea Power and the Antigonids» en W. L. ADAMS y E. N. BORZA (eds.), *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington D.C., 1982, 213-236.

⁵⁵ WILL, *Histoire*, I, 231. WALBANK, *CAH*, 242.

⁵⁶ W. E. THOMPSON, «Philip V and the islanders», *TAPA*, 102 (1971), 615-620.

⁵⁷ SIG 572. P. M. FRASER y G. E. BEAN, *The Rhodian Peraea and Islands*, Oxford 1954, 151-152, sobre la posibilidad de que Filipo heredara la posesión de Nisiro de su antecesor Dosón.

⁵⁸ S. M. SHERWIN-WHITE, *Ancient Cos: A Historical Study from c. 1000 B.C. to the Imperial Period*, Gotinga 1978, 120 y ss.

⁵⁹ Sobre el caso de Samos, WALBANK, *Phil.*, 117 y ss. También HOLLEAUX, «L'expédition de Philippe V en Asie», en *Etudes d'Epigraphie et d'histoire grecque*, 6 vols. París, 1938-1968, IV, 211-235. WILL, *Histoire*, II, 126 presenta un resumen de la cuestión. BERTHOLD, «The Rhodian Appeal», 101, n. 22, ofrece sus dudas al respecto.

lágida con la intención evidente de evitar la ruptura con Alejandría. Aunque también es probable que influyera en su decisión el temor de hallarse dentro del campo equivocado si tenía lugar una intervención romana en favor de Egipto en su enfrentamiento con Antíoco III sólo tres años después de haberse firmado la paz de Fénice⁶⁰.

Sin embargo entrado ya el año 200 se produjo un cambio significativo en esta política con su ataque a las ciudades de la costa tracia que habían permanecido antes al margen de sus planes. Quizá hay que buscar las razones de tan decisivo cambio en el paso dado por la diplomacia egipcia, enviando una embajada a Roma para solicitar su apoyo en favor de Atenas, que estaba siendo atacada en esos momentos por Filipo⁶¹. En semejantes circunstancias Filipo no necesitaba ya conservar el aspecto formal de unas relaciones ante una clara muestra de hostilidad en su contra como la que había dado el gobierno egipcio en esos momentos. Además, en la línea de proseguir con sus planes, éste era el momento adecuado desde un punto de vista táctico, dado que Egipto se veía obligado en esos instantes a afrontar la invasión de Antíoco y no era por tanto previsible ninguna reacción hacia una zona tan alejada del frente bélico más inmediato⁶². La escasa resistencia que Filipo encontró en su ataque y la colaboración de alguno de los gobernadores lágidas son buena prueba del abandono por parte egipcia de estas posesiones a su suerte⁶³.

La región de Caria también había sido anteriormente escenario de la intervención de algunos de los antecesores de Filipo V, como Antígono Gónatas o Antígono Dosón, quien incluso parece que llegó a contar con un culto propio en la zona⁶⁴. La autoridad macedonia en Caria se había afianzado además de forma considerable como lo muestran las operaciones del dinasta local Olímpico de Alinda en su favor o el testimonio de las inscripciones de Labraunda, en las que se pone de manifiesto el dominio de Dosón sobre esta ciudad y la de Milasa. Filipo contaba por tanto con una buena base de apoyo para llevar adelante sus planes de expansión en la zona asiática del Egeo, en consonancia con la política tradicional de sus antepasados. Esta zona era además la única del continente asiático en la que su avance podía ser factible, después de las dificultades que había tenido que afrontar tras su operación de castigo contra Pérgamo en sus

⁶⁰ WILL, *Histoire*, II, 122.

⁶¹ Liv. XXXI, 9. Sobre los problemas que plantea, WALBANK, *Phil.*, 313 y 316. BRISCOE, *Comm.*, 79.

⁶² Sobre la situación de Egipto, WILL, *Histoire*, II, 118 y ss.

⁶³ Así Calimedes el gobernador de Eno, Liv. XXXI, 16, 4-6. Algunas otras como Eleonte y Alopeconeso se le rindieron de forma voluntaria.

⁶⁴ Sobre la actividad de Antígono Dosón en Caria, H. BENGTON, *Die Inschriften von Labraunda und die Politik des Antigonos Doson*, Bay.Akad.Wiss. Munich, 1971, 22-26. J. CRAMPA, *Labraunda III, 1. The Greek Inscriptions*, Pt., 1, 123 y ss. WALBANK, *CAH*, 459-461.

intentos por el norte⁶⁵. Por lo que a sus intenciones respecta, no cabe suponer en Filipo unas razones parecidas a las que guiaron la intervención en la zona de Dosón, que intentaba sacar partido de la debilidad seleúcida de esos momentos. Su petición de ayuda al estratego de Antíoco en la región, Zeuxis, encaja efectivamente mal con esta clase de motivación. El deseo más inmediato que alentaba tras sus ambiciosos proyectos quizá no era otro en esta ocasión que el de perjudicar los intereses rodios mediante la ocupación de unos lugares que la isla consideraba de suma importancia. Así nos lo deja suponer el que el representante rodio en la conferencia de Lócride reclame como primera exigencia el abandono macedonio de la región⁶⁶. Se combinaban por tanto en este caso los distintos intereses de Filipo en una medida que nos resulta muy difícil deslindar.

Filipo había llevado a cabo todas estas operaciones con la casi certeza absoluta sobre la no injerencia de Roma, a la vista del respeto que había observado a los términos pactados en Fénice. De esta forma Roma quedaba privada de la base suficiente para obtener un caso claro de *bellum iustum* y es lógico pensar que Filipo fuera consciente de la gran importancia que Roma concedía a esta circunstancia, sobre todo de cara a sus efectos sobre la opinión internacional⁶⁷. Sin duda sobre Roma debía planear el temido fantasma del pacto sirio-macedonio por sus posibles consecuencias inmediatas sobre el equilibrio de poder en la zona oriental del Mediterráneo, sin embargo mediante su comportamiento de los primeros años de este breve periodo, Filipo había quitado fundamento a las acusaciones de sus enemigos en este sentido, Atalo y los rodios. Si las intenciones de Roma eran realmente el mantenimiento del balance de fuerzas en toda el área, no era Filipo quien debía suscitar su preocupación y sí por el contrario Antíoco III, que había alterado el equilibrio de forma ostensible con su invasión de la Celesiria y la guerra subsiguiente contra Egipto. Sin embargo, por más sorprendente que resulte, no se produjo ninguna reacción romana al efecto, de no ser el simple envío de una legación a Oriente, sobre cuya precisa finalidad e incluso sobre su itinerario existen algunas dudas⁶⁸.

Tampoco su intervención en Atenas constituía un justificado *casus belli* en el que Roma pudiera basarse para salvar las apariencias. Filipo había atacado la ciudad en ayuda de sus aliados acarnanios, dos de cuyos ciudadanos habían sido ejecutados por haber transgredido involuntaria-

⁶⁵ Pol. XVI, 1, 7. WALBANK, *Comm.* II, 501-503.

⁶⁶ Pol. XVIII, 2, 3. Sobre la finalidad de la expedición caria, WALBANK, «Alcaeus», 140-141.

⁶⁷ Pol. XXXVI, 2. P. S. DEROW, «Polybius, Rome and the East», *JRS*, 69 (1979), 14. En general sobre el tema, S. ALBERT, *Bellum Iustum*, Kallmünz, 1980. Sobre la falta absoluta de justicia en las demandas de Roma, WILL, *Histoire*, II, 135 y ss. GRUEN, *Hell. World*, 385 y ss.

⁶⁸ Pol. XVI, 27, 5. Liv. XXXI, 2. Sobre su finalidad, A. HUS, *Tite Live. Histoire Romaine I. XXXI*, París, 1977, 46-47.

mente los Misterios de Eleusis⁶⁹. Después Atenas le declaró la guerra presionada por Atalo y los rodios y por tanto Filipo volvía a actuar de nuevo en legítima defensa considerándose agredido por una declaración de guerra no del todo justificada⁷⁰. En la ciudad parece que existía una falta de resolución mayoritaria a declarar la guerra a Macedonia por lo que se deduce de los argumentos tan persuasivos que tuvo que desplegar Atalo en su discurso ante los atenienses, al menos según el tono que Polibio les confiere en su relato⁷¹. Si le añadimos a esto las dificultades que presentan las tres embajadas atenienses a Roma que Livio menciona⁷², podríamos pensar que la indignación ateniense no llegaba hasta el punto de inclinarles a una franca declaración de guerra, lo que no obsta para que reconozcamos la existencia de un cierto descontento a causa de las dificultades en el aprovisionamiento que ocasionaba la ocupación macedonia de los estrechos⁷³.

Filipo por tanto tenía buenas razones para suponer que con sus operaciones no afectaba para nada la órbita de intereses romanos y ello debió animarle a proseguir adelante con sus proyectos de mayor envergadura⁷⁴. El propio desarrollo de los acontecimientos en Roma, tal y como nos lo relata Livio, avalaba estas suposiciones pues distaba mucho de constituir el ambiente propicio para el desencadenamiento de un nuevo conflicto armado. Las dificultades de los partidarios de la guerra, que precisaron de dos votaciones de los *comitia* para obtener una resolución favorable, la resistencia enconada del tribuno Bebio, ciertos problemas de orden «técnico» como la fijación precisa del coste de los juegos en honor de Júpiter, o la oposición existente en el seno de algunos estamentos militares como el de los Escipiones —a los que hubo que consentir ciertas licencias en el reclutamiento—, son todas ellas muestras evidentes de la falta de un clima favorable a la guerra⁷⁵.

⁶⁹ Liv. XXXI, 14, 6 y ss.

⁷⁰ Pol. XVI, 26. Liv. XXXI, 14, 10.

⁷¹ Pol. XVI, 26, 5 y ss. Liv. XXXI, 15, 3. Polibio de hecho recalca que la lectura de la carta de Atalo influyó decisivamente en la votación subsiguiente. Sobre la situación en Atenas en esos momentos W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens*, Londres, 1911, 270 y ss.

⁷² Hus, op. cit., XLVIII-L. También J. P. V. D. BALSDON, «Rome and Macedon, 205-200 B.C.», *JRS*, 44 (1954), 39-41.

⁷³ Había habido problemas en este sentido como lo muestra una inscripción que contiene un decreto en honor de Cefisodoro, MERIT, *Hesperia*, 5 (1936), 419 y ss. MORETTI ISE I, n.º 33. Sobre la carestía de grano en Atenas véase el comentario de MORETTI, pág. 78.

⁷⁴ Según indica Apiano en *Mac.* 4, Filipo atacó la Perea rodia y arrasó el Atica ὡς οὐδέν τῶνδε Ῥωμαίους προσήκόντων.

⁷⁵ Liv. XXXI, 6, 3: *Rogatio de bello macedonico primis comitiis ab omnibus ferme centuriis antiquata est*; Liv. XXXI, 6, 4 (oposición del tribuno Bebio); XXXI, 7 (discurso de Sulpicio para persuadir al pueblo); XXXI, 8 (*ius fetial* y medidas de reclutamiento); XXXI, 9, 7 (asunto de los juegos); XXXI, 10 (sublevación gala y dificultades consiguientes); XXXI, 12 (asunto de los prodigios); XXXI, 13 (dificultades financieras del tesoro público para responder de sus obligaciones).

Sin embargo estas circunstancias fueron cambiando de forma acelerada en el curso de los dos últimos años del período a que nos referimos, en buena medida como resultado de la incesante actividad diplomática de los adversarios de Filipo, especialmente Pérgamo y Rodas. Conscientes ambos de sus reducidas posibilidades de frenar a Filipo por sí solos, como había quedado ya patente aún a pesar de los éxitos momentáneos de Quíos y Bargilia, intentaron por todos los medios a su alcance inmiscuir en el conflicto a Roma, una potencia de mayor envergadura que contaba además en su haber con el precedente prometedor de haber derrotado ya anteriormente a Macedonia. Se unieron a ellos las iniciativas de Atenas y Egipto, y todo este engranaje fue cerrándose cada vez más sobre Filipo y tendiéndole una cerrada malla de la que resultaba muy difícil salir. A pesar de todo, Filipo continuó con la trayectoria emprendida y así lo muestran su ocupación de unas posiciones tan estratégicas en los estrechos como Sestos y Abidos o la captura de las ciudades lágidas de la costa tracia⁷⁶. Con sus acciones sucesivas había reforzado considerablemente su posición estratégica e incrementado su potencial militar. A pesar de las dificultades acaecidas en el curso de estos años y del éxito escaso que había conseguido en alguna de sus campañas, en esos momentos ejercía su dominio sobre una parte importante de las Cícladas, en la zona de Caria e incluso en algunas partes de Jonia, como lo muestran hechos como el recibimiento que se le tributó en Mileto o su donación de la ciudad de Míos a Magnesia como prueba de su agradecimiento⁷⁷. Tenía bajo su poder las zonas claves de los estrechos y de la costa tracia y había obtenido algunos botines importantes como el de Cíos o la nave real de Atalo. Tras sus correrías por el Egeo debió igualmente reforzar su flota, aún contando con las pérdidas que sufrió, exageradas con frecuencia por el exceso de patriotismo de los historiadores rodios que censura el mismo Polibio⁷⁸. Filipo se convertía así —si es que ya no lo era con anterioridad— en una de las potencias más temibles del momento a la hora de emprender una campaña en su contra⁷⁹. Esta situación de desafío potencial, unida a la certeza ya referida de no haber transgredido los pactos con Roma, llevaron a Filipo a una cierta obcecación y a poner en práctica un tanteo

⁷⁶ Pol. XVI, 29-34. Liv. XXXI, 16-17.

⁷⁷ Pol. XVI, 24, 9; Athen. III, 78c.

⁷⁸ Pol. XVI, 14-15. TARN, *JRS* 31 (1941), 172, piensa que la batalla de Quíos fue «at least less unfavourable to Philip than Polybius, misled by his Rhodian Sources, implied».

⁷⁹ Una idea del potencial de Filipo o al menos de su eco en el exterior, nos la dan los versos de Alceo de Mesenia con su tema del dominio «por tierra y por mar», aún con una interpretación burlona o aduladora de los mismos (cf. WALBANK, «Alcaeus», 134 y ss. DE SANCTIS, *Storia*, IV, 1, 9 y ss.) o el tono del discurso de Sulpicio ante los *comitia* (Liv. XXXI, 7), que sin duda debería tener algún fundamento por lo que respecta a la magnitud del potencial enemigo, aún contando con la deformación interesada en exagerarlo por su parte.

de fuerzas peligroso que desembocó finalmente en un nuevo conflicto armado con su antiguo rival⁸⁰.

Algunos indicios nos llevan a sospechar la existencia de un exceso de confianza en Filipo de que Roma no se atrevería a desatar un nuevo enfrentamiento. La enorme tranquilidad, lindante con una cierta conmisericordia burlona, con la que recibió los mensajes de ultimatum romanos, especialmente el de Lépido de Abidos⁸¹, o la firme entereza con la que exigía de los romanos el respeto a los pactos, llegando a amenazarles incluso si le hacían la guerra con su oportuna respuesta, así parecen demostrarlo. Todavía en Lócride continuará manteniendo estos mismos principios, afirmando sin vacilación alguna que con su conducta anterior no había propiciado la ruptura final que los romanos entonces le imputaban⁸².

Existen sin duda alguna en su comportamiento a lo largo de estos años puntos oscuros para los que es difícil hallar una justificación moral o de derecho. Pero, como dijimos al comienzo, no ha sido nuestra misión presentar un panegírico del monarca y no nos vemos por tanto obligados a emprender semejante tarea. Sin embargo no debemos olvidar en ningún momento que hemos de movernos dentro de una tradición historiográfica manifiestamente contraria a la persona de Filipo, en especial las fuentes de procedencia rodia y el mismo Polibio. Muchas de sus informaciones resultan por ello altamente sospechosas de exageración o incluso de deformación consciente, en una medida que desgraciadamente desconocemos. No deja así de sorprendernos el espacio que se concede a determinados acontecimientos, como los sucesos de Cíos, Pérgamo o la tragedia de Abidos, frente a la escueta brevedad con que otros de no menor importancia han sido reflejados⁸³.

Las inscripciones vienen en ocasiones a llenar el vacío y nos ayudan por tanto a entender mejor algunos jalones del comportamiento de Filipo. Acciones como su recompensa a Magnesia por el suministro de hijos a sus tropas o sus intentos por garantizar a Teos el derecho de *asylía*⁸⁴ por parte de las ciudades cretenses que se hallaban en la órbita de su influencia, nos

⁸⁰ Así parece que le sucedió también a Roma según GRUEN, *Hell. World.*, 396-398.

⁸¹ Pol. XVI, 34, 6-7. Liv. XXXI, 18, 3-4.

⁸² Pol. XVIII, 1, 11: Filipo afirma que no le corresponde hablar a él sino a Flaminio, exponiendo lo que debía hacer para salvaguardar la paz. Con ello daba a entender que eran los romanos quienes buscaban la ruptura.

⁸³ BALSDON, «Rome...», 34, señala cómo de los años 202-201 sólo conocemos sus correrías en la Propóntide, quizá porque el resto de sus acciones que sí contenía el relato original de Polibio, no tenían interés para las intenciones de los *excerpta* tardíos.

⁸⁴ Siete decretos de Teos en P. LE-BASW. H. WADDINGTON, *Inscriptions grecques et latines recueillies en Grèce et en Asie Mineure*, 5.^a parte Asia menor, París 1870, n. 65-67, 70, 72-74. Nos muestran a Pérdicas, agente de Filipo a quien se había concedido la ciudadanía, haciendo uso de sus influencias para obtener el derecho de *asylía* para la ciudad. D. MAGIE, *Anatolian Studies pres. to W. H. Buckler*, Manchester, 1939, 168, n. 3.

permiten entrever un tipo de conducta algo diferente del que habitualmente aparece prefijado en nuestras fuentes. En algún caso incluso algunas acusaciones de impiedad, como las que Polibio le atribuye por su actuación en Termo y en los alrededores de Pérgamo⁸⁵, aparecen compensadas por el testimonio de acciones de signo opuesto como sus dedicaciones en lugares como Delos o el santuario de Zeus de Panamara en Caria⁸⁶. Sin duda, con esta clase de actuaciones Filipo pretendía granjearse un prestigio internacional que sirviera de respaldo a sus empresas de mayor envergadura mediante la obtención de un cierto consenso en su favor⁸⁷. Hizo igualmente intentos por ganarse partidarios en el interior de las ciudades, como revelan la intervención de Calias en Nisiros, su comportamiento en Mileto⁸⁸, o la existencia de facciones promacedonias en las ciudades de Eno y Maronea en momentos posteriores⁸⁹. Incluso en Abidos podríamos pensar que su comportamiento fue considerado a la vista de lo que le permitían las circunstancias. Su propia reacción ante el espectáculo horrendo de la masacre perpetrada por sus propios habitantes fue la de concederles una extraña moratoria para que culminasen su triste final los que así lo quisieran⁹⁰. Aún así todavía quedaban hechos claramente acusatorios como los de Cíos y Tasos, pero no debemos olvidar que atrocidades similares tenían lugar en cualquier guerra y fueron también realizadas por otros monarcas e incluso por los mismos romanos. Piénsese sino en las acciones de un Flaminio, con todo su autoproclamado filohelenismo, contra la ciudad focidia de Elatea o las beocias Haliarto y Coronea⁹¹.

⁸⁵ Pol. V. 9 y ss (Termo); XVI, 1, 4 y ss. (Pérgamo).

⁸⁶ G. COUSIN y M. HOLLEAUX, «Inscriptions du sanctuaire de Zeus Panamaros», *BCH*, 28 (1904), 346, 354-355 (n.º 1), 346 y 356-358 (n.º 2), 347, 358-359 (n.º 3). H. OPPERMANN, «Zeus Panamaros», *Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten*, vol. 19, 3, Giessen, 1924, 18-22, n.ºs 1-3. WALBANK, «Alcaeus», 140-141.

⁸⁷ LANZILLOTTA, art. cit., 701.

⁸⁸ B. HAUSSOULLIER, *Etudes sur l'histoire de Milet et du Didymaeon*, Paris, 1902, 139-141, la ciudad conservó su gobierno democrático después de la entrada de Filipo y podía todavía concluir alianzas por sí misma. Incluso poco antes se habían tributado honores a un enemigo declarado del propio Filipo.

⁸⁹ Que contaba con partidarios en el interior de estas ciudades lo prueba el conflicto subsiguiente a su intervención en el año 185. Pol. XXII, 6, 7; XXII, 13, 8. Liv. XXXIX, 23, 13; XXXIX, 24, 9; XXXIX, 27, 8-10; XXXIX, 28, 2. Pol. V, 70 sobre la importancia de la demagogia real a la hora de ganarse partidarios.

⁹⁰ No parece que debamos considerar irónicas o con un cierto tono sarcástico las afirmaciones en este sentido de Polibio, XVI, 34, 10-11, ni tampoco su correspondiente versión en Livio, XXXI, 18, 7, donde se llega a recalcar incluso que *obstupefactus eo furore rex suppressit impetum militum*. Sobre los hechos, D. GOLAN, «Autumn 200 B.C.: The Events at Abydos», *Athenaeum*, 73 (1985), 389-404.

⁹¹ Sobre Elatea, Liv. XXXII, 24. BRISCOE, *Comm.*, 213-214. Sobre las ciudades beocias, Pol. XX, 7, 3. Liv. XXXIII, 29. Sobre otras operaciones similares de Flaminio, A. M. ECKSTEIN, «T. Quinctius Flamininus and the Campaign against Philip in 198 B.C.», *Phoenix*,

Debemos concluir. Hemos tratado de valorar la conducta de Filipo V durante un breve período de tiempo que resultó crucial para el desarrollo posterior del mundo antiguo, encuadrar sus empresas dentro de un ambicioso proyecto de restauración del vasto imperio macedonio de sus antepasados, centrado ahora en Oriente tras el fracaso de sus expectativas occidentales que le habrían conducido a enfrentarse con Roma, circunstancia que ahora trataba de evitar por todos los medios. Posiblemente se trataba de una idea similar a la que perseguía Antíoco III, con quien parece que existía un cierto deseo de competencia y emulación, dada su casi completa contemporaneidad y la amenaza potencial que representaba el proyecto del seleúcida⁹². Es probable también que Filipo no quisiera dejar pasar la ocasión favorable que se le presentaba en esos momentos para realizar su proyecto político y hegemónico de largo alcance. Las dos grandes potencias rivales en el balance de poder, Egipto y Siria, se hallaban imbricadas entonces en una contienda mutua, y Roma, la potencia occidental, se veía obligada a adoptar una posición de forzosa neutralidad por necesidades estratégicas, como su guerra contra Cartago, o por imperativos de tipo jurídico, como era el respeto a lo que había convenido en Fénice. Ello por no mencionar la casi completa ausencia de intereses romanos concretos que la impulsasen a actuar de manera decidida en Oriente. Ante circunstancias tan favorables y con la confianza de poder evitar cualquier choque directo con las citadas potencias —al menos hasta que sus recursos así se lo permitieran— no parece probable que Filipo, dotado de una «remarquable intelligence politique très apte à saisir le sens des événements et même leurs implications à longue portée» como le caracteriza WILL⁹³ y de una tenacidad sin par⁹⁴, dejase pasar una coyuntura tan favorable.

Se trata sin duda de una mera hipótesis de trabajo, que como todas resulta difícil comprobar plenamente. No disponemos en efecto de una declaración programática de intenciones en este sentido y quedamos reducidos por tanto a valorar una cuestión de propósitos, tan difícil de calibrar por lo que a la Historia antigua respecta. Sin embargo diversos indicios de nuestra tradición, y en especial de Polibio, nos inclinan a enfocar las cosas desde esta perspectiva. La ya mencionada tenacidad que Filipo exhibió en todas sus acciones, su absoluta confianza en sus posibili-

30 (1976), 135-138. TARN, *Hellenistic Military and Naval Developments*, Cambridge, 1930, 44, sugiere que la política de Filipo de practicar deliberadamente atrocidades era en esos momentos una imitación consciente de los métodos romanos observados en la primera guerra.

⁹² Comparación con Antíoco, Diod. XXVIII, 3. ERRINGTON, «The Alleged...», 349, también observa un cierto paralelismo entre los propósitos de ambos monarcas.

⁹³ WILL, *Histoire*, II, 70.

⁹⁴ Pol. XVI, 28. Liv. XXXI, 16, 1. Una positiva valoración aunque a regañadientes en Pol. X, 26, 7.

dades aún a pesar de los fracasos habidos, la continua referencia a los hechos de su pasado y a su vinculación afectiva con él⁹⁵, y una alusión de Polibio en uno de sus fragmentos a lo que quizá podría ser un proyecto a gran escala y a su empeño consiguiente por llevarlo a efecto⁹⁶, parecen otorgar alguna fundamentación a la tesis expuesta. De cualquier forma, creemos que es necesario todo intento que se haga por valorar la conducta política de Filipo V por derroteros diferentes, en la medida reducida de nuestras posibilidades, a los que ya han quedado fijados por una tradición fragmentaria y desfavorable. Las probabilidades con que contamos no son ciertamente numerosas, especialmente si nos negamos de entrada a proponer modelos explicativos que no hallan un refrendo claro y explícito en nuestra documentación. Y desde luego, si éstos tienen algún valor, ese no es otro que el de intentar facilitar una mejor comprensión de los mismos hechos históricos, integrando datos viejos en perspectivas nuevas.

⁹⁵ Pol. V, 10, 9, comparación de Filipo V con sus antepasados, de quienes debía mostrarse heredero *no tanto de su imperio* como de su magnanimidad. Paus. VII, 7, 5, Filipo V imitaba a Filipo II, que no era su antepasado sino su maestro. Véase también n. 7.

⁹⁶ Pol. XVI, 28; Pol. V, 10,9, se habla de que Filipo era miembro de una casa real que siempre había tenido ambiciones universales. Otra posible alusión puede hallarse en los reproches que el dirigente etolio Alejandro Isio le dirige al rey en la conferencia de Lócride, al comparar su comportamiento con el de los restantes monarcas macedonios, Pol. XVIII, 3, 4 y ss. Quizá las intenciones de un orador tan hábil como era Alejandro no eran otras que las de contraponer las actuales pretensiones de Filipo frente a un pasado glorioso que le era inalcanzable. De hecho sólo llega en su recuento hasta Alejandro y Pirro, y no menciona para nada a ninguno de los Antigónidas.